

Yo tomé entonces la palabra para decir algo así como que aquellas palabras del soldado tenían, en mi opinión, la grandeza propia de una tragedia, y que, para mí, una revolución no podía entenderse cumplidamente sino desde una perspectiva trágica. El cambio revolucionario está lleno de sufrimientos, desgarramientos, renunciaciones, violencias, sacrificios. No es una vía plácida que sustituyera, por la conquista del poder revolucionario, mecánicamente, el hambre, la miseria y todo tipo de tribulaciones, por una utópica felicidad socialista. Una revolución es también una tragedia. La elección es, pues, un verdadero y riguroso dilema (y esto ya lo he dicho en algunas otras partes) : se trata de elegir entre la tragedia sorda y cerrada que es una sociedad capitalista y la tragedia aguda y abierta —la tragedia verdaderamente optimista— que es un proceso revolucionario. « La revolución es mi padre, compañero », había dicho el soldado.

Y no se trataba, claro, de la « liquidación » gratuita de un « padre » abstracto a favor de un proceso —la « revolución »— exterior al conflicto ; sino de un conflicto encarnado en el contexto de una revolución concreta. No se trataba de la « liquidación » política de la « familia » como institución moral, sino de una familia concretamente fracturada por las distintas tomas de posición en un proceso determinado : la revolución.

Algo de esto dije también en aquella asamblea, y al final Wesker y yo nos abrazamos cordialmente. Es un gran chico...

¿Saben que yo también había aplaudido a aquel soldado? ¿Cómo no hacerlo?

Cuba. Una revolución en marcha (París: Ruedo Ibérico, 1967)

## Mario Vargas Llosa **Crónica de Cuba**

« ¿ Usted cree que dentro de 20 años los cubanos estarán así? », dijo mi amigo italiano con un gesto desconsolado, señalando la calle : una muchedumbre había invadido bruscamente la avenida, y los tranvías pasaban ahora, frente a nosotros, repletos de gente. Hombres, mujeres y jóvenes iban bastante bien vestidos, con guantes, abrigos y gorros de piel, muchas adolescentes llevaban botas altas y capas, como en París o Londres, y algunas valientes, pese a la temperatura de 10 grados bajo cero, lucían minifaldas. « ¿ Se da usted cuenta ahora por qué tengo prevenciones contra el socialismo? —dijo mi amigo italiano—. Porque si mañana mi país se hiciera socialista, terminaríamos como los checos, nunca como los cubanos ». Unas horas antes de refugiarnos en este café, acosados por el frío, habíamos caminado largamente por el centro de Praga, curioseando las vitrinas de las tiendas, las carteleras de los cinemas, los restaurantes, observando y (secretamente) comparando. Mi amigo italiano exageraba, desde luego, cuando resumía sus fugaces impresiones de Praga en una frase lapidaria —« esto es un mal remedo de una ciudad capitalista »—, pero, sin duda, las imágenes que ambos traíamos de Cuba tenían poco que ver con las que desfilaban ante nosotros. ¿ En qué estaba la diferencia? No tanto en el alto nivel de vida de los checos, en su desarrollo industrial, en su saneada y sólida economía (la más próspera entre las democracias populares), que contrastan rudamente con las enormes dificultades materiales a que debe hacer frente Cuba, en razón de su situación de país subdesarrollado y sometido a un rígido bloqueo, como en la visible apatía, teñida de escepticismo político, de las gentes, el nulo fervor revolucionario detectable a simple vista, en la actitud de conformismo e incluso de simple resignación tranquila con que el hombre de la calle parece asumir

su condición de ciudadano de un país socialista, que desconciertan brutalmente a quien acaba de emerger del electrizante clima de entusiasmo y tensión que se vive en Cuba. Hay que recorrer un largo y complicado camino para llegar a Cuba. El bloqueo que desde hace años impuso Washington a la isla, no tenía sólo como objetivo privarla de las importaciones que, hasta la revolución la habían hecho sobrevivir, sino también, y sobre todo, ponerla en cuarentena política y cultural, expulsarla de la familia latinoamericana, excluirla como a un leproso para evitar el contagio. El bloqueo, que en el campo material ha afectado, sin duda, seriamente la economía cubana (aunque no ha conseguido asfixiarla, como esperaban los hombres de la OEA) en el dominio cultural ha resultado un clamoroso fracaso: se trata de algo que puede enorgullecer a los intelectuales latinoamericanos. Ni las dificultades que presenta el viaje a Cuba desde el punto de vista material (México es el único país que mantiene vuelos hacia La Habana, pero el latinoamericano que sale por allí, además de ser fotografiado y fichado como un indeseable, está prohibido de retornar a su país por la misma vía), el absurdo periplo que por ejemplo obliga a un venezolano a viajar hasta Praga o Madrid para llegar a La Habana, ni las represalias que muchos gobiernos latinoamericanos toman contra los ciudadanos que violan la interdicción (que figura en los pasaportes, como en el caso del Perú) de visitar el país apestado, han impedido a los artistas y escritores de este Continente llegar a la isla, comprobar con sus propios ojos lo que ocurre allí y dialogar o discutir con sus colegas cubanos. «¿Usted es dramaturgo o poeta?», me había preguntado mi amigo italiano, cuando nos conocimos, en el aeropuerto de La Habana, mientras esperábamos la salida del avión a Praga. «Porque en esta ciudad hay una verdadera invasión de dramaturgos y poetas sudamericanos, me han presentado ya a cincuenta». Exageraba, pero apenas. En los últimos tres meses se han celebrado en Cuba tres eventos culturales: el Festival de Teatro Latinoamericano, el Encuentro con Rubén Darío (con motivo del centenario del poeta) y el concurso literario anual de la Casa de las Américas de poesía, cuento, novela y ensayo. Con este motivo, no menos de medio centenar de escritores del continente acudieron a la isla y tuvieron ocasión, no sólo de conocer de cerca la situación de Cuba, sino de trabar relación mutua e intercambiar opiniones. Teniendo en cuenta la secular incomunicación de los escritores latinoamericanos, este hecho adquiere una significación muy especial.

Está bien que los artistas e intelectuales de nuestro continente se rebelen contra el bloqueo y lo rompan. Las razones de los gobiernos no son, no pueden ni deben ser las de los creadores, y ningún escritor latinoamericano responsable podría admitir, sin deshonorarse, la mutilación de Cuba del territorio cultural americano. De otro lado, los artistas y escritores de todas las tendencias que visitan Cuba (es una tonta calumnia la afirmación de que sólo van a la isla los convencidos) tienen una razón muy poderosa para combatir, en la medida de sus posibilidades, la política de exclusión y asfixia, de cordón sanitario establecida por la OEA. Y es que, en el dominio que les pertenece, el de la cultura, la revolución cubana ofrece, en sus escasos años de vida, un balance abrumadoramente positivo, un saldo de realizaciones y victorias profundamente conmovedor.

Yo detesto la beatería en cualquiera de sus formas, y la beatería política no me parece menos repulsiva que la religiosa. Pese a mi admiración y mi profundo afecto por la revolución cubana, siempre he encontrado deplorable esos testimonios reverenciales, hagiográficos, esos actos de fe disfrazados de crónicas o reportajes, que pretenden mostrar a la Cuba actual como un dechado de perfecciones, sin mácula, como una realidad a la que el socialismo, mágicamente, ha liberado de toda deficiencia y problema y convertido en invulnerable a la crítica. No, no es cierto. Cuba tiene todavía sinnúmero de problemas por resolver, no en todos los campos ha alcanzado los mismos aciertos, y hay, desde luego, muchos aspectos de la revolución discutibles u objetables.

Hay uno, sin embargo, en el que aún el espíritu más maniáticamente crítico, el contradictor por temperamento y vocación, se vería en serio aprieto si tuviera que impugnar la política de la revolución: el de la cultura, precisamente. Es sabido ya cómo fue erradicado el analfabetismo en Cuba; también, cómo la educación fue puesta al alcance de todo el mundo, gratuitamente, y cómo todos los estudiantes de la isla, colegiales o universitarios, están becados (es decir alimentados, alojados y vestidos por el Estado, que además les proporciona el material de estudios necesario). Pero, es mucho menos conocido, en cambio, el gigantesco esfuerzo editorial y de fomento de la cultura emprendido en la isla en los últimos

años y el criterio con que se ha llevado a cabo. Sería apenas revelador decir que ningún gobierno latinoamericano ha hecho tanto por promover entre su pueblo las letras, las artes plásticas, la música, el cine, la danza, multiplicando los festivales, las exposiciones, los concursos, las campañas. Pero el esfuerzo desplegado estaría viciado si sólo pudiera valorarse numéricamente. Lo notable, en el caso cubano, es que esta política cultural no se ha visto viciada (como ocurrió en los países socialistas y sigue, por desgracia, ocurriendo en muchos de ellos) por el espíritu sectario y el dogma. En Cuba no ha habido « dirigismo estético »; los brotes que surgieron de parte de funcionarios ineptos fueron sofocados a tiempo. Ni en la literatura, ni en las artes plásticas, ni en el cine, ni en la música los dirigentes cubanos han tratado de imponer ningún tipo de modelo oficial. La editora nacional (a cuyo frente se hallaba, hasta hace poco, Alejo Carpentier) ha hecho ediciones populares de autores como Joyce, Proust, Faulkner, Kafka y Robbe-Grillet, en tanto que en las galerías de toda la isla tenían cabida, por igual, pintores abstractos, surrealistas, « pops » y « ops » y los compositores cubanos experimentaban libremente la música concreta. ¿No es significativo que el libro más importante aparecido en Cuba en los últimos años sea la novela *Paradiso* del católico (y poeta hermético) Lezama Lima? Pero tal vez sea más significativo todavía el hecho de haber visto, expuesto en un kiosco de libros viejos, montado en La Rampa, la avenida principal de La Habana, ¡un libro de Eudocio Ravines! Cuba ha demostrado que el socialismo no estaba reñido con la libertad de creación, que un escritor y un pintor podían ser revolucionarios sin escribir mamotretos pedagógicos y pintar murales didácticos, sin abdicar o traicionar su vocación.

Pero sería mezquino reducir al campo de la cultura todo lo que puede impresionar y convencer al sudamericano que llega a Cuba. Las diferencias, los contrastes hieren la vista del extranjero a un nivel mucho más cotidiano y primario. George Orwell cuenta que lo que lo decidió a enrolarse en el ejército republicano español como voluntario fue el espectáculo que le brindaron las calles de Barcelona el día que llegó a la ciudad: por primera vez, escribió, ciertas nociones abstractas como « igualdad » y « fraternidad » se corporizaron ante sus ojos. Los más adversarios de la revolución cubana, difícilmente podrían negar que en sus ocho últimos años de vida, Cuba no sólo ha suprimido en su seno esas imágenes de miseria radical que en nuestros países ambulan por las calles y ofrecen un siniestro telón de fondo a la insolente riqueza de unos cuantos, sino que ha reducido a una proporción humana las diferencias sociales. Desde luego que ello no ha sido realizado sin drama y sin violencia, desde luego que la justicia social se ha implantado, a veces, a costa de injusticias parciales. Pero los resultados están a la vista de todos: el campesino cubano es dueño de la tierra que trabaja, todo cubano es dueño de la casa donde vive, todo niño cubano tiene garantizada su instrucción, todo cubano tiene asegurada atención médica y jubilación. « Podría citarle una docena de países que han liquidado lo que usted llama miseria radical, y reducido al mínimo las diferencias sociales, sin necesidad de liquidar la libertad de prensa y la democracia representativa », me decía mi amigo italiano, en el avión, en la interminable etapa La Habana-Gander. Es cierto, pero resulta inmoral comparar el caso cubano con Francia, Inglaterra o Suecia: los puntos de comparación adecuados son Bolivia, Perú, Paraguay.

El último programa agrícola cubano de gran aliento tiene como escenario las sierras del Escambray, en el centro de la isla, y su objetivo es promover en gran escala el cultivo de frutas y hortalizas que satisfagan las necesidades de Cuba y sirvan más tarde para la exportación. Se llama el « Plan Banao » y está íntegramente en manos de mujeres. Todo un día estuvimos allí, recorriendo el campo, conversando con muchas de las mil quinientas voluntarias que se han instalado en esas serranías, donde a fuerza de coraje y fervor deben superar las condiciones de una vida precaria y dura. Había, entre ellas, de todo: estudiantes, universitarias, amas de casa, hijas y esposas de obreros o de funcionarios. Pero lo que más nos impresionó, tal vez, no fue la alegría y la convicción que era patente en todas ellas, el entusiasmo con que emprendían esa tarea común, sino un breve diálogo que surgió al final de la excursión, cuando nos despedíamos de la directora del Plan Banao, una muchacha joven, vestida de miliciano, que nos había escoltado todo el día; explicándonos con detalles técnicos minuciosos, los planes de trabajo. Era muy joven y uno de nosotros le preguntó qué hacía ella en 1958, al triunfar la revolución. « Yo era sirvienta entonces, nos dijo. En Mantanzas. Y no sabía leer ni escribir. »